

La conejera
Tess Gunty



Traducción:
Ce Santiago
Sexto Piso,
2023
425 páginas
24 euros
★★★★★

LA QUE SE AVECINA CON TESS GUNTY

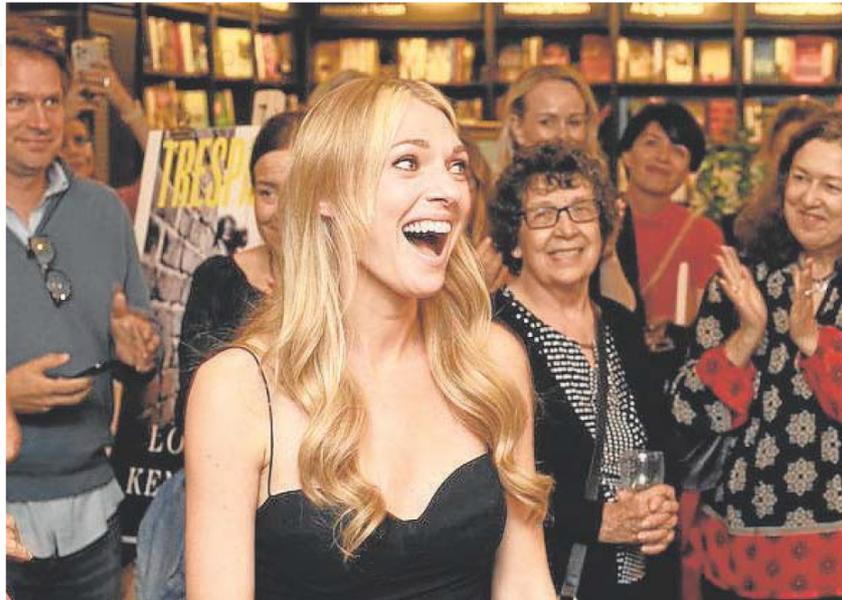
Aquí viene la debutante Tess Gunty, la reciente **ganadora más joven** en la historia del National Book Award, con 'La conejera'

RODRIGO FRESÁN

Pasen y sigan pasando que todavía hay apartamentos a ocupar. Aquí viene la debutante Tess Gunty (Indiana, 1993), reciente ganadora más joven de la historia del National Book Award, con 'La conejera'. Y, sí, Gunty se une así a una camada saltarina que no deja de dar alegrías y emocionarla a la vez que muestra dientes y desgarrar cuellos como aquel conejo en aquella película de los Monty Python. No confiarse y nunca bajar la guardia porque Gunty –como las feroces Clare Vaye Watkins, Emma Cline, Catherine Lacey y Ottessa Moshfegh entre otras– sabe muy bien lo que busca y quiere y lo encuentra ya desde las primeras páginas.

Leer y releer

Novela-en-cuentos coral e inmobiliaria (todo transcurre en un poco vistoso edificio de en la ficticia Vacca Vale, en el mediocre Medio Oeste norteamericano) cuyo primer pero engañoso automático reflejo podrían ser aquellas instrucciones de uso vitales de Georges Perec; pero que en verdad está más cerca de mecanismos ya edificadas por el John Cheever novelista-atómico o el Denis Johnson de 'Hijo de Jesús' o el Paul Auster de 'El palacio de la luna' o el Charles Baxter de 'El festín del amor' o el Stephen Dixon de 'Autopista' (Gunty fue también alumna de Rick Moo-



Tess Gunty (Indiana, 1993) celebrando el National Book Award // ABC

dy y de Jonathan Safran Foer y, sí, sus enseñanzas se notan). Y de acuerdo: por momentos uno siente que ya leyó 'La conejera', pero la buena noticia es que, de ser así, vale mucho la pena volver a leerla.

Aquí, un puñado de inquilinos marcados por las propias

LA NOVELA ACABA RESULTANDO MÁS ATRACTIVA EN SUS DIGRESIONES QUE EN SUS PRECISIONES

miserias pero nunca demasiado lejos de la redención epifánica aunados por la mirada extática y casi santa de Blandine Watkins (apartamento C4), quien muere en la primera oración de 'La conejera' para así abrazar la omnipresente condición de inmortal 'deus ex machina'. Y Blandine es una perfecta y admirable guía inmobiliaria: una belleza de dieciocho años de formidable inteligencia y alguna vez lolita escolar, ahora de vida casi dickensiana y compartiendo piso con adolescentes perdi-

dos u olvidados. Una suerte de Alicia lejos del país de las maravillas y adicta a los opiáceos y a los místicos y mártires del siglo XII y con una perturbadora facilidad para destilar 'Grandes Ideas' y aplicarlas a la pequeña vida/muerte suya y las de quienes la rodean en ese bloque de viviendas.

'La conejera' del título: originalmente erigido bajo el más falsamente refinado nombre de 'La Lapinière' como residencia para los trabajadores de la fábrica de automóviles Zorn, alguna vez floreciente

industria local y ahora en desenfrenada caída libre y sin cinturón de seguridad. Y las paredes de 'La Conejera' son muy delgadas y se oye (y casi se ve) todo y a todos como si se tratase de unas de esas escenografías de película de Wes Anderson.

Toxicidad

Enganchados a 'apps' y a redes sociales y a interminables series de televisión y a cerezas maraschino y a obituarios y aterrizados por los ojos de un bebé y resignados a su propia mirada en el espejo del botiquín. Y todo se complica

UNA PROSA QUE OFRECE IMÁGENES SORPRENDENTES Y PENSAMIENTOS IMPREVISIBLES

–o se moviliza más en esa tierra baldía y zombi– cuando un 'entrepeneur' neoyorquino de propone revitalizar a Vacca Vale. Cosa que a Blandine no le causa la menor gracia, porque esto viene a estropear sus meditaciones y porque, sí, alguien dice por ahí que «las personas son peligrosas porque son contagiosas» y porque «te infectan sin pedir permiso».

Algo parecido sucede con la contagiosa 'La conejera': una novela cuyo tema es la toxicidad y que –tal vez desconcierte o moleste a lectores más acostumbrados a cierta linealidad– acaba resultando más atractiva en sus digresiones que en sus precisiones con una prosa que no deja de ofrecer imágenes sorprendentes y pensamientos imprevisibles hasta alcanzar ese final/principio tan lírico y definitivamente violento y amén y bendita seas, Blandine. ■